

Letras al margen

SALAS

DE

≈ EDUARDO ANTONIO PARRA

Por fortuna ya casi no recuerdo cuándo fue la última vez que estuve tendido en una cama de hospital. Debe haber sido durante la niñez, hace alrededor de unos cuarenta años, cuando me llevaron a la sala de operaciones para extirparme las anginas (como les decían en esa época), o las amígdalas (como escucho que les dicen ahora) y, según me cuentan, la muerte me anduvo rondando debido a complicaciones postoperatorias. Desde entonces, nada; aunque sé bien que cantar victoria en este aspecto no es sino una quimera, pues ya estoy en la edad en que uno regresa cada vez con más frecuencia a visitar al médico y, por ende, en cualquier instante puede recibir la orden de hospitalización.

Donde sí he estado en muchas ocasiones es del otro lado de la barrera: como “familiar” acompañante de un enfermo, ya sea en la “cama extra” que algunos hospitales colocan para los familiares del interno, o en las atiborradas salas de espera a la entrada del edificio, aguardando a que un hombre o una mujer tocados con bata blanca salgan a gritar mi apellido para darme noticias sobre “mi” enfermo. Ambos sitios son semejantes a una cámara de tortura psicológica, aunque quizás sea peor estar adentro, en el cuarto, pues allí uno se encuentra frente a frente, casi en silencio y a solas con la enfermedad, con las dificultades de la recuperación, inmerso en la impotencia que provoca encarar la miseria humana sin poder meter las manos. Es decir, inmerso en la angustia, en la incertidumbre, sin

que nada dependa de nosotros para superarlo.

En las salas de espera, por el contrario, la angustia se adormece un poco y puede permanecer en estado latente por largos lapsos de tiempo mientras uno sale al exterior a fumar, o conversa unas palabras con el vecino de asiento, o se distrae con el ruido, el ir y venir de la gente, los regaños de enfermeras y recepcionistas; con la salida de quienes, al abandonar el hospital, muestran en el rostro signos de que, si bien aún están bastante débiles, han vencido por esta vez el mal que los aquejaba; o al revés: con los que entran envueltos en una queja prolongada y un gesto de sufrimiento torciendo sus facciones. En fin, con los dramas ajenos que, dolorosos y terribles, actúan en nuestro interior con la misma intensidad que las tragedias

literarias: desencadenan la catarsis, provocando una suerte de alivio contenido en quienes los presencian.

En estos días he estado casi una semana instalado en el hospital al pendiente de la salud de mi madre. Al momento de escribir estas líneas, todo ha resultado bien y ella está a punto de abandonar su habitación, aunque durante los cinco primeros días, mientras ocupaba una cama en terapia intensiva, sus amigos y familiares más cercanos fuimos huéspedes de tiempo completo en la sala de espera. Se trata de un hospital privado en una ciudad no tan grande, por lo que los sillones son amplios, confortables, y nunca estuvieron atiborrados, lo que hacía la estancia un poco menos incómoda, pero no por ello exenta de los pequeños y grandes dramas que ocurren en cualquier nosocomio. Cinco jornadas son suficientes para que cualquier observador, incluso distraído por la preocupación como el que escribe estas líneas, tome nota mental del comportamiento colectivo en estos lugares, de la curva emocional que va desde la angustia a la desolación, en algunos, o de la desesperanza y el miedo al alivio, en otros.

Lo primero que uno nota es que en sitios como este casi nadie tiene ánimo ni tiempo para pensar en los demás, por lo menos durante los momentos iniciales. En ellos campea

ESPERA



Pendientes para mañana

• ar las plantas

• dar todos los con

pleaños olvidados

• dejar que los pens

mientos vayan qu

gan sin impor

el tiempo (hae

nada-habenido)

angustia ni ansie

• decirle que lo

quiere con tod

el corazón

• poner a secar

ropa mojada

• no olvidar suicid

me un poco.

• preparar un v

can agua y poner

por la noche en

el burló.

el egoísmo más descarnado. Cada quien trae su propio terror royéndole el pecho y el de los demás no importa para nada: ¿que tu enfermo está en crisis y a punto de muerte?, el mío tuvo un accidente automovilístico, se está desangrando y el corazón se le detuvo unos segundos, así que no me estorbes con tu pequeña ansiedad, que yo traigo la mía y es más grande... Y se mezclan en el silencio los diferentes sonidos del llanto, y los suspiros compiten por acabarse el aire del recinto, y los familiares de los enfermos se miran unos a otros con cierta desconfianza, como si los cuidados y las atenciones que se le dieran a uno le estuvieran siendo escamoteados al otro, y tan sólo parecen ponerse de acuerdo para fulminar con miradas de resentimiento a los que, con más días ahí, comentan con alegría que su paciente ya se está recuperando, o con expresiones de franco desprecio (y hasta odio no tan velado) a quienes entran felices con globos y regalos para festejar a la recién parida que ha traído un nuevo ser al mundo. La vida y la muerte confundidas, pero separadas de tajo. La placidez feliz del nuevo abuelo junto a la desesperación de la próxima viuda. El alivio de quienes “ya la libraron” frente a la honda angustia de los que no tienen la menor esperanza de que “salga de ésta”. Los eufóricos y los temerosos. Los que se deshicieron de la sombra de la muerte y los que caminan entre la oscuridad más densa.

Pero los aliviados y felices desaparecen pronto. Se van por donde vinieron llevándose con ellos a su enfermo recuperado y su molesta actitud de triunfo —esa

desconsideración inconsciente que tanto se parece a la de quienes cuentan dinero delante de los que nada tienen—, y dejan las salas de espera, al menos durante unas horas o unos minutos, a merced de los angustiados. Lo mismo ocurre con los que vivieron la tragedia hasta el final: también se marchan, derrotados y disminuidos, a buscar funeraria en tanto dan aviso al resto de la parentela. Y entonces ocurre otro cambio: los que antes se miraban con recelo mutuo, al advertir que llevan varios días allí, sentados, esperando juntos las noticias de los médicos, comienzan a sentir cierta empatía, se dan cuenta de que comparten una pasión similar —“compasión”—, y no tardan en dirigirse miradas más amables. Enseguida comparten algunos aspectos de la situación de sus respectivos internos, los avances que han tenido así sean mínimos, y se dan ánimos y esperanzas unos a otros: ya despertó nuestro accidentado, después de tres días, lograron estabilizarlo y ya mañana le van a quitar el respirador, ¿cómo sigue su enfermita? No se preocupe, estoy segura de que muy pronto va a salir...

Y se establece, al fin, una extraña camaradería que, sin dejar de lado cierta competencia —“el mío va un poco mejor que el tuyo”—, abandona por completo la rivalidad. Se abren los pechos para dejar fluir el intercambio de esperanzas, para confesarse los temores pasados, para complementar las aprehensiones. Entonces los nuevos camaradas se consideran pares, sin prestar demasiada atención a los nuevos huéspedes de la sala de espera que los miran y escuchan con el

mismo resentimiento que antes ellos experimentaban hacia quienes hablaban de los “avances” de los suyos, y salen a fumar juntos y escuchan las noticias de los médicos casi codo con codo, sonriéndose mutuamente cuando se les repite que el peligro ha pasado. Una espiral. O un subibaja emocional, porque mientras más larga sea la convalecencia, más familiares abatidos y escasos de esperanza vendrán a llenar los asientos vacíos de las salas de espera y mirarán con envidia a aquellos que ya pronto saldrán de ahí, a aquellos que ahora se muestran solidarios unos con otros porque llevan varios días viéndose las caras, conociéndose los sentimientos y sintiendo que su único anhelo se cumple poco a poco. Es como si los “nuevos” se preguntaran: ¿cuándo tendremos empatía con los demás como ellos?, ¿cuándo acabará esta incertidumbre?

Y acaba, por supuesto. Para bien o para mal, pero siempre acaba. Y cuando acaba es fácil advertir que de nuevo el egoísmo —como si fuera la principal cualidad humana, más allá de lo que piensen o digan las buenas conciencias— se coloca por encima de cualquier actitud: si acabó mal, los dolientes bajan la cabeza para esconder la mirada de sus antiguos (y momentáneos) camaradas y salen en silencio del hospital recibiendo los pésames con incomodidad. Si acabó bien, ni siquiera se detienen a oír los parabienes y abandonan el hospital contentos, satisfechos, con ganas de no volver a ver nunca a esos vecinos de asiento que tuvieron que acompañar durante los días más angustiosos de su vida, a sus compañeros de infortunio en las salas de espera. 